



SONETOS

EN LA MUY SENTIDA MUERTE DE NUESTRO

MUY VIRTUOSO OBISPO

EL ILLMO. SR. DR.

D. J. ANTONIO DE LA PEÑA

Y NAVARRO.



I

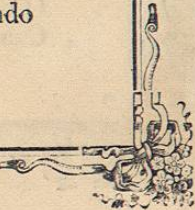

LAGRIMAS.

¡Huérfana grey hasta el SEÑOR levanta
Voz de dolor y canto de gemido . . . !
¡Nuestro SANTO PASTOR siempre querido
Alzó del mundo la doliente planta!

¿Cómo pudo morir grandeza tanta
Con su precioso corazón herido?
¿Cómo pudo morir quien siempre ha sido
Vida y amor de la esperanza santa . . . ?

¡Pueblos llorad . . . las lágrimas ardientes
Son el consuelo del dolor profundo
Cuando se agotan las sublimes fuentes . . . !

¡Pueblos llorad . . . las lágrimas del mundo
Son la luz de los astros refulgentes
Sobre este valle de dolor fecundo!



II

EN EL TEMPLO.

Ese ángel hasta el cielo levantado,
Aquí nació del aura á la fragancia,
Aquí pasó su venturosa infancia,
Y aquí dejó su corazón grabado,

¡Sacerdote de Dios lavó el pecado,
Mil dones repartió con eficacia,
Y los santos consuelos de la gracia
Y el pasto espiritual siempre sagrado....!

Príncipe de la Iglesia Mexicana,
Que sus virtudes á su ciencia aduna,
Honra y prez de la Iglesia Michoacana

Su dulce bendición y su fortuna,
Orgullo de la gente Zamorana,
QUE GUARDA SU SEPULCRO CON SU CUNA.

III

EN EL ALTAR.

Lleno de unción ante el altar propicio.
Del alba á los primeros resplandores,
Con el primer aroma de las flores
Celebraba el incruento sacrificio.

Su puro, dulce y divinal oficio,
Evitó de la peste los rigores,
Alivió de la guerra los horrores,
Y encadenó con su virtud el vicio.

Con su palabra suave y delicada
Pidió al cielo la paz de sus hermanos
En la hostia de expiación ya consagrada,

Y ante los altos juicios soberanos,
Oró por nuestra patria infortunada,
Cuando el Dios inmortal bajó á sus manos.

IV

EN EL CONFESONARIO

Grato era ver su corazón amante,
En el sublime tribunal del cielo,
Consagrar su trabajo y su desvelo,
Sin reposar jamás un solo instante.

El sabio, el desvalido, el ignorante
Pidieron los consuelos de su anhelo,
Y recibieron de su santo celo,
Vida y amor para su fé constante.

Lloran su triste muerte, tan sentida,
Los que siempre en el templo le encontraron,
Los que estimaron su preciosa vida,

Y en alas de su amor se levantaron....
¡Yo también lloro con mi fé crecida
Con los que tanto su virtud amaron!

V

EN EL PÚLPITO.

Tronó su voz del púlpito en la altura,
Dominó la extensión de un firmamento,
La palabra de Dios fué su elemento,
La bendición de Dios fué su dulzura.

PRELADO digno de inmortal ventura.
Hizo sonar su poderoso acento,
Y hoy su santo y sublime pensamiento
Lejos del ruido mundanal fulgura.

De luto está la Cátedra sagrada,
De luto su Basílica sublime.
Ya no suena su voz tan respetada;

Pero su grey que acongojada gime
Su dulce nombre y su palabra amada
En el doliente corazón imprime.

VI

LA MUERTE DEL JUSTO.

¿Que fué la muerte . . . al inmortal Prelado
JUSTO VARON que el porvenir alcanza? . . .
Fué la corriente cristalina y manza
Que vierte sus cristales sobre el prado,

Fué la luz que miró regocijado,
Allá dó nunca la mirada alcanza,
Y fué la realidad de una esperanza
En el cielo de estrellas coronado.

En el lecho terrible de dolores
No temió los misterios, de la muerte
Ni temió de la cuenta los rigores.

Ardiente luz su corazon advierte
Sobre las tristes funerarias flores
Que yacen mustias en la tierra inerte.

VII

EN EL TÚMULO.

¡Pálido el sol está . . . ! ¡tristes los cielos
Al inmenso clamor de mil clamores,
Y lamenta el rigor de mil rigores
Esta tierra infeliz de inmensos duelos!

Pliegan las nubes sus dorados vuelos,
Lágrimas vierten las ardientes flores,
Mudos estan los pájaros cantores
Y viste la ciudad fúnebres velos,

Murió el Pastor de su rebaño amado,
El fiel Pastor del cielo protegido,
¡Murió el Pastor del báculo preciado!

¡Murió el Pastor del báculo querido,
El que supo llevar con su cayado
Un rebaño de fieles escogido!

VIII

EN EL CIELO.

¡Y ya está allá . . . ! donde su nombre puro
Con letras de diamantes está escrito,
Donde la blanda luz de lo infinito
Rompe del mundo el tenebroso muro.

Allá su ardiente porvenir seguro
Sacude el polvo del dolor finito,
Allá no se oye del dolor el grito
Y nada encuentra su virtud oscuro . . .

¡Ruega, Pastor, ante la luz del cielo
Por el pueblo que guarda tu memoria,
Por los que vamos en el triste suelo

Arrastrando la vida transitoria!
¡Alma de bendicion baña tu vuelo
En los raudales de tu inmensa gloria!

Zamora Julio 14 de 1877.

Francisco Vaca.

